

3°
medio

Aprendo sin parar

Orientaciones para el trabajo
con el texto escolar

Clase 2

Lenguaje



UNIDAD DE
CURRÍCULO Y
EVALUACIÓN UCE



1.2 CLASE 2: Restos del Carnaval 1

PARA COMENZAR

Hoy vas a trabajar las páginas desde la 8 a la 12 del texto y tal como este dice, aprenderás a interpretar las emociones, sentimientos y pensamientos de la protagonista a partir de lo que lees. Te podrás dar cuenta de cómo la literatura nos acerca a distintos conflictos del ser humano, permitiéndonos desarrollar nuestra empatía.



Antes de la lectura:

Antes de partir, piensa si has leído obras en donde la vida del autor se vea reflejada en aquello que escribe. ¿Crees que influye lo que vivimos en lo que uno escribe?

Hoy leerás a Clarice Lispector, parte leyendo la información acerca de su vida para saber más de ella.

Una vez que conozcas un poco de su vida, continúa leyendo la información acerca del Carnaval, esto te ayudará a comprender mejor la obra que leerás, porque podrás tener conocimiento del contexto al que se refiere. Observa la imagen, ¿esta te puede dar información también! Luego de estas lecturas, puedes hacer una hipótesis sobre el título del libro, como se te pide en la pregunta “Piensa antes de leer”.

Antes de pasar al cuento, no olvides las estrategias de lectura que te permitirán estar activo mientras lees *Restos del Carnaval*: destacar lo importante, formular hipótesis sobre el texto, establecer relaciones causa-consecuencia, relacionarlo con lo que viste al principio y con lo que aprenderás en la clase de hoy, entre otras.



Durante la lectura:

Ahora sí, ¡pasemos al cuento! No olvides ir interpretando lo que representa el carnaval para la autora.

Lee la página 9, en esta la narradora cuenta acerca de su niñez y su presencia como espectadora del carnaval. ¿Cómo se sentía? ¿Se involucraba con lo que estaba pasando? Piensa en esta última pregunta no solo de manera física, sino una involucración emocional de la protagonista.

Esta historia podría estar contada en tercera persona, es decir, hablando de “ella”, pero está en primera persona, es decir habla de “yo”. ¿Crees que influye en el relato que la narradora hable en primera persona? ¿Lo hace sentir más cercano, más íntimo?

A medida que vas leyendo, ves cómo la protagonista deja claro que el carnaval la hace pensar en su niñez, ya que dice que la transporta a su infancia. ¿Qué sentimiento le despierta? Destaca aquellas palabras que muestren sentimientos de la protagonista hacia el carnaval, esto te permitirá ir interpretando cómo se siente.

En la página 11 piensa qué fue distinto en este carnaval. Piensa también cómo el disfraz le da la posibilidad a la protagonista de participar, de ser algo más que ella misma. Leíste al principio que parte muy ilusionada, pero no

dejes pasar la frase en donde anticipa que el disfraz iba a ser melancólico. La melancolía es “Tristeza vaga, profunda, sosegada y permanente” (RAE).

En la página 12 trabaja la pregunta de “Mientras lees” y para responderla vuelve al texto, ve si encuentras marcas textuales, es decir palabras que estén presentes que te puedan ayudar a responder la pregunta, por ejemplo, el adjetivo despiadado está textual en el cuento y te lleva al relato de qué fue lo que le pasó con su madre y su enfermedad.



Después de la lectura

Luego de terminar la página, reflexiona acerca de cómo el disfraz le permitía a la protagonista ser una rosa y sentirse una rosa ¿le hacía sentir libertad? ¿Le permitía salirse de sí misma?



Cierre

Has un cierre redondo y vuelve al inicio, a la página 8, en donde el texto dice cuál es el propósito de esta lectura. Ahora que ya la has leído, piensa en el conflicto humano que presentó. Reflexiona, ¿qué emociones viste? ¿Te identificaste con la protagonista? ¿Pudiste entender sus emociones y por qué las sentía?


Solucionario Mientras lees p. 12

Porque ella estaba preparada y ansiosa por ir al carnaval, pero al agravarse el estado de su madre, no pudo ir cuando quería. El destino, por lo tanto, no toma en cuenta lo que ella quería, y la hace sentirse triste otra vez.

Lección 1

«Era, sí, una rosa»

Leerás un cuento con el propósito de interpretar las emociones, sentimientos y pensamientos de su protagonista. A partir de lo anterior, valorarás la literatura como una oportunidad para reflexionar sobre los conflictos internos del ser humano.



Clarice Lispector (1920-1977)

Cuando se comprende a fondo el vivir, uno se pregunta: pero ¿era solo esto? Y la respuesta es: no es solo esto, es exactamente esto.

*Clarice Lispector, fragmento de
La pasión según G. H.*

El carnaval se celebra los tres días anteriores al Miércoles de Ceniza, día en que comienza la Cuaresma en el calendario cristiano, como un momento de festejo antes de dar inicio al ayuno y a la privación de comer carne que impone esta tradición.

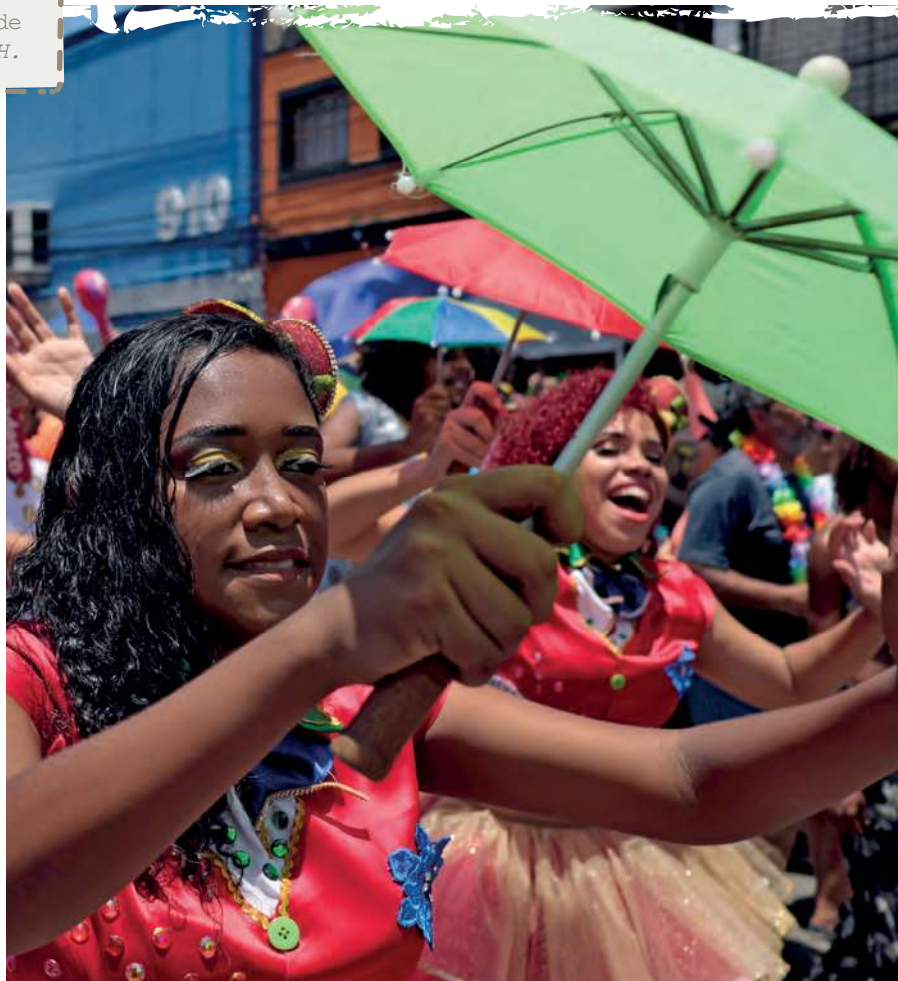
El carnaval es una costumbre que llegó a América desde Europa durante la época de la conquista, y con el paso del tiempo se apartó del sentido religioso para convertirse en una fiesta en la que predominan la alegría, la diversión y el baile.

Piensa *antes de leer*

- ¿A qué podrá aludir la expresión «restos del carnaval» en el título del cuento que leerás?

La vida de Clarice Lispector se refleja muchas veces en sus narraciones. Hija menor de un matrimonio judío, debió migrar de su natal Ucrania a Brasil debido a la persecución y discriminación que sufrían por las políticas antisemitas del Imperio ruso.

La infancia de Clarice estuvo marcada por la experiencia de la migración, la pobreza y la delicada salud de su madre, quien falleció cuando ella tenía nueve años, así como su vida en las ciudades de Recife y Río de Janeiro. Todas experiencias reconocibles en sus historias. Por ejemplo, el cuento que leerás alude al carnaval que se celebra en la ciudad de Recife.



- Durante la lectura, interpreta qué representa el carnaval para la protagonista de la historia.

RESTOS DEL CARNAVAL

Clarice Lispector

No, no del último carnaval. Pero este, no sé por qué, me transportó a mi infancia y a los miércoles de ceniza en las calles muertas donde revoloteaban despojos de serpentinas y **confeti**. Una que otra beata, con la cabeza cubierta por un velo, iba a la iglesia, atravesando la calle tan extremadamente vacía que sigue al carnaval. Hasta que llegase el próximo año. Y cuando se acercaba la fiesta, ¿cómo explicar la agitación íntima que me invadía? Como si al fin el mundo, de **retoño** que era, se abriese en gran rosa escarlata. Como si las calles y las plazas de Recife explicasen al fin para qué las habían construido. Como si voces humanas cantasen finalmente la capacidad de placer que se mantenía secreta en mí. El carnaval era mío, mío.

En la realidad, sin embargo, yo poco participaba. Nunca había ido a un baile infantil, nunca me habían disfrazado. En compensación me dejaban quedar hasta las once de la noche en la puerta, al pie de la escalera del departamento de dos pisos, donde vivíamos, mirando ávidamente cómo se divertían los demás. Dos cosas preciosas conseguía yo entonces, y las economizaba con avaricia para que me durasen los tres días: un atomizador de perfume y una bolsa de confeti. Ah, se está poniendo difícil escribir. Porque siento cómo se me va a ensombrecer el corazón al constatar que, aun incorporándome tan poco a la alegría, tan sedienta estaba yo que en un abrir y cerrar de ojos me transformaba en una niña feliz.

confeti: conjunto de pedacitos de papel de varios colores que se arrojan las personas unas a otras en las festividades.

retoño: tallo nuevo que brota de una planta o de un árbol.



figurín: dibujo o modelo que sirve de patrón para confeccionar una prenda de vestir.

¿Y las máscaras? Tenía miedo, pero era un miedo vital y necesario porque coincidía con la sospecha más profunda de que también el rostro humano era una especie de máscara. Si un enmascarado hablaba conmigo en la puerta al pie de la escalera, de pronto yo entraba en contacto indispensable con mi mundo interior, que no estaba hecho solo de duendes y príncipes encantados sino de personas con su propio misterio. Hasta el susto que me daban los enmascarados era, pues, esencial para mí.

No me disfrazaban: en medio de las preocupaciones por la enfermedad de mi madre, a nadie en la casa se le pasaba por la cabeza el carnaval de la pequeña. Pero yo le pedía a una de mis hermanas que me rizara esos cabellos lacios que tanto disgusto me causaban, y al menos durante tres días al año podía jactarme de tener cabellos rizados. En esos tres días, además, mi hermana complacía mi intenso sueño de ser muchacha —yo apenas podía con las ganas de salir de una infancia vulnerable— y me pintaba la boca con pintalabios muy fuerte pasándome el colorete también por las mejillas. Entonces me sentía bonita y femenina, escapaba de la niñez.

Pero hubo un carnaval diferente a los otros. Tan milagroso que yo no lograba creer que me fuese dado tanto; yo que ya había aprendido a pedir poco. Ocurrió que la madre de una amiga mía había resuelto disfrazar a la hija, y en el **figurín** el nombre del disfraz era Rosa. Por lo tanto, había comprado hojas y hojas de papel crepé de color rosa, con las cuales, supongo, pretendía imitar los pétalos de una flor. Boquiabierta, yo veía cómo el disfraz iba cobrando forma y creándose poco a poco. Aunque el papel crepé no se pareciese ni de lejos a los pétalos, yo pensaba seriamente que era uno de los disfraces más bonitos que había visto jamás.



Fue entonces cuando, por simple casualidad, sucedió lo inesperado: sobró papel crepé, y mucho. Y la mamá de mi amiga —respondiendo tal vez a mi muda llamada, a mi muda envidia desesperada, o por pura bondad, ya que sobraba papel— decidió hacer para mí también un disfraz de rosa con el material sobrante. Aquel carnaval, pues, yo iba a conseguir por primera vez en la vida lo que siempre había querido: iba a ser algo más que yo misma.

Ya los preparativos me atontaban de felicidad. Nunca me había sentido tan ocupada: minuciosamente calculábamos todo con mi amiga, debajo del disfraz nos pondríamos un fondo de manera que, si llovía y el disfraz llegaba a derretirse, por lo menos quedaríamos vestidas hasta cierto punto. (Ante la sola idea de que una lluvia repentina nos dejase, con nuestros pudores femeninos de ocho años, con el fondo en plena calle, nos moriríamos de vergüenza; pero no: ¡Dios iba a ayudarnos! ¡No llovería!). En cuanto al hecho de que mi disfraz solo existiera gracias a las sobras de otro, tragué con algún dolor mi orgullo, que siempre había sido feroz, y acepté humildemente lo que el destino me daba de limosna.

¿Pero por qué justamente aquel carnaval, el único de disfraz, tuvo que ser tan melancólico? El domingo me pusieron los tubos en el pelo por la mañana temprano para que en la tarde los rizos estuvieran firmes. Pero tal era la ansiedad que los minutos no pasaban. ¡Al fin, al fin! Dieron las tres de la tarde: con cuidado, para no rasgar el papel, me vestí de rosa.

✓ ¿Qué colores predominan en los personajes?, ¿qué piensas que se quiere comunicar con esa elección de colores?



> Mientras lees

1. ¿Por qué la narradora dice que el juego del destino es despiadado?

Muchas cosas peores que me pasaron ya las he perdonado. Esta, sin embargo, no puedo entenderla ni siquiera hoy: ¿es irracional el juego de dados del *destino*? Es despiadado. Cuando ya estaba vestida de papel crepé con todo armado, todavía con los tubos puestos y sin pintalabios ni colorete, de pronto la salud de mi madre empeoró mucho, en casa se produjo un alboroto repentino y me mandaron en seguida a comprar una medicina a la farmacia. Yo fui corriendo vestida de rosa —pero en el rostro no llevaba aún la máscara de muchacha que debía cubrir la expuesta vida infantil—, fui corriendo, corriendo, perpleja, atónita, entre serpentinas, confeti y gritos de carnaval. La alegría de los otros me sorprendía.

Cuando horas después en casa se calmó la atmósfera, mi hermana me pintó y me peinó. Pero algo había muerto en mí. Y, como en las historias que había leído, donde las hadas encantaban y desencantaban a las personas, a mí me habían desencantado: ya no era una rosa, había vuelto a ser una simple niña. Bajé la calle; de pie allí no era ya una flor sino un pensativo payaso de labios encarnados. A veces, en mi hambre de sentir el éxtasis, empezaba a ponerme alegre, pero con remordimiento me acordaba del grave estado de mi madre y volvía a morirme.

Solo horas después llegó la salvación. Y si me apresuré a aferrarme a ella fue por lo mucho que necesitaba salvarme. Un chico de unos doce años, que para mí ya era un muchacho, ese chico muy guapo se paró frente a mí y con una mezcla de cariño, grosería, broma y sensualidad me cubrió el pelo, ya lacio, de confeti: por un instante permanecimos enfrentados, sonriendo, sin hablar. Y entonces yo, mujercita de ocho años, consideré durante el resto de la noche que al fin alguien me había reconocido; era, sí, una rosa.

En *Cuentos reunidos*. Madrid: Siruela.

